

## Persiflage

— Colaboración directa —

### Mejor la lepra que marinos yanquis Respuesta al New York Times

Para el General de División *Smedley Darlington Butler*,— del cuerpo de marinos de los Estados Unidos,— amigo de expresar sin miramientos la opinión que le merecen los demás; porque conviene que sepa la opinión que algunos de los demás tenemos de él.

Al corresponsal del *New York Times* en Panamá le ha levantado ampolla el persiflage en el que, hace algunos días, me ocupé del terremoto de Managua y los marinos. A dos columnas exhibe ese señor las quemaduras que sacó de leerme. Y cree que suaviza el ardor que le he causado, con decir, como dice, que, cualquiera que hubiera sido la actuación de los marinos en Managua, él y otros de su especie estaban seguros de antemano de que sólo censura iban a cosechar. Se equivoca el señor corresponsal del gran diario neoyorquino, que no hay unguento con el que pueda sanar aquel a quien Persiles quema. Pero conviene dar fe de una verdad que ha dicho sin quererla decir. Nada más cierto que esto: que cuanto los marinos de los Estados Unidos hagan en Nicaragua, será censurable. Y cuando digo Nicaragua quiero significar cualquiera y todos nuestros países amenazados de la peste de marinos.

Los marinos no pueden hacer el bien. Están inhibidos para hacer el bien por razón de su condición de marinos. ¿Sabéis qué es ser marino, a *U. S. A. marine*? Es haber perdido el concepto de que el trabajo es un aspecto de la vida, y haber cortado nexos con la sociedad y con las virtudes sociales; es haber desconocido o traicionado el hogar, y los amigos, y el sentimiento de la solidaridad humana; es haber sido vagabundo en vericuetos oscuros, en callejones de atracos, en barriadas infectas y en tabernas donde se fraguan crímenes; es haber recogido, en muelles de muchos puertos y en burdeles procaces, un vocabulario soez, una lujuria alcohólica y una pugnacidad irrefrenable; es ser originario de las heces del mundo y haber topado alguna vez con un sargento reclutador, de los que ofrecen mano libre, en regiones apartadas del planeta, para vivir calibánicamente; es, en fin, ser la escoria blanca de todas las razas, llevar uno de los uniformes del Tío Samuel, ganarle soldada, y encarnar la insolencia del imperialismo en China o Haití, en Santo Domingo o Nicaragua, en Veracruz o en Puerto Cortés. Los marinos tienen un apodo que les han dado en los Estados Unidos, su patria putativa, que no todos, ni por asomo, son norteamericanos: los hay puertorriqueños, los hay argentinos, los hay calabreses, abundan los polacos. Ese apodo es *Devil dogs*, que es como si dijéramos «perros de Satanás». Y tienen otro apodo, que se han dado a sí mismos: *leather necks*, que, traducido, significa «pescuezo de cuero»; con lo que impudicamente proclaman toda su brutalidad. Como, cuando pasa el carretón que recoge la basura, va detrás, inmundo regimiento, una larga escolta escandalosa de

zopilotes que dan pavor, así, por dondequiera que van los marinos, van también, asquerosas aves negras, la prostitución, la orgía, la sífilis, el estupro, la grosería, la irresponsabilidad, el robo, el incendiario y el asesinato. Por eso, cualquiera que hubiera sido la actuación de los marinos en Managua, su sola presencia bastaba para hacer más terrible aquella catástrofe.

El noticioso semanario *Time*, de Nueva York, en su edición del 13 de abril, publica amplia información del terremoto de Managua. En su lectura se deja entrever lo macabra que fué en la capital nicaragüense la obra diabólica de la marinería yanqui. Pretende *Time* pintar a grandes rasgos el heroísmo de los marinos, desplegado en medio de gran excitación nerviosa; pero la verdad le empujó la pluma al redactor y dejó consignado este detalle: *A cuatro personas más, trastornadas de sed, las tiraron con bala los marinos, por querer beber las aguas insalubres del lago.* —¡Claro! Frederic C. Bradman, coronel de los marinos, había ordenado a sus *leather necks* que «dispararan contra todo perro suelto, por temor de la rabia», y los nicaragüenses sedientos—con sus hogares en llamas, con sus parientes más cercanos y queridos muertos quizás—que se olvidaron de que *algunas veces* las aguas del lago dan fiebre tifoidea, fueron tomados por «perros sueltos» por los marinos de Mr. Hoover y de Mr. Stimson, de excelente puntería.

«Los nervios estaban en gran tensión», —explica el redactor de *Time*,— «tilintes a punto de reventar». La explicación no es válida. ¿Nerviosos los marinos? ¡Pero si ellos nada perdieron, ningún daño tuvieron! ¡Si ni sed sufrieron, que quedó en pie, y funcionando como nunca, la fábrica de cerveza, de la que inmediatamente se apoderaron! El temblor fué de poca intensidad y duró no más de seis segundos. Sobre los marinos ni cerca de ellos no cayó casa ninguna. Años antes habían desalojado a los huérfanos del Hospicio Zacarías, en las inmediaciones de Managua, bien lejos del área azotada por el terremoto, y, en la planicie que debió haber sido siempre campo de agricultura de los niños sin padre, habían instalado sus frescas tiendas de campaña. Que los ciudadanos de Managua estuviesen nerviosos, se comprende; nerviosos, y, si se quiere, enloquecidos; pero no es a ellos a quienes se refiere la crónica de *Time* sino a los yanquis; y esa nerviosidad de parte del Quinto Regimiento de Marinos, los héroes del Bosque de Belleau y de Château Thierry en Francia, sólo dos explicaciones puede tener: borrachera embrutecedora, o las razones que da, en carta a un norteamericano en Costa Rica, un alto

personaje de la política nicaragüense, yanquista durante los últimos veinte años hasta ahora, cuyo nombre por humanidad callamos. La carta, sin embargo, está a la orden de cualquiera autoridad norteamericana con poder suficiente para garantizar que quien la escribió no será víctima de venganza ninguna por parte de los marinos a quienes acusa. Dice así:

*El terremoto fué horroroso: nos dejó sin techo y nos privó de seres muy queridos y benéficos, pero no puede compararse con el daño que causaron los yankees que incendiaron la ciudad por temor de ser atacados por Sandino, por otros nicaragüenses, y que querían tener ante ellos una planicie, un llano humeante donde sus aeroplanos pudiesen determinar el más pequeño grupo; además, le tenían miedo a los miasmas producidos por los cadáveres, y sólo Dios pudo salvar lo que quedó de la ciudad, porque su propósito era incendiarla toda. A mí me lo dijo el intérprete del gran Comando. Por otra parte, sembrando el terror a balazo limpio, pudieron apartar a todos los damnificados, e, impunemente, como lo hacen todo, romper las cajas de hierro y robar en grande, en inmensa escala (diamantes, dinero, mercaderías, muebles de lujo) mientras asesinaban a cualquiera que sin permiso de ellos se aventuraba entre las ruinas tratando de salvar algo. El que esto escribe,—añade el ex-yanquista,— fue apresado por los forajidos rubios (rubios como la bestia aquella de la película de John Barrimore) porque me encontraron en las ruinas de mi casa y el permiso para estar allí no lo tenía a mano. Hasta culatazos recibí, pero bien merecidos los tengo, y no lo he publicado por no agregar a la desgracia el ridículo.*

Dice más esa carta. Dice lo siguiente:

*Debes saber que ni un centavo de lo recaudado afuera se le ha dado a ningún damnificado. Parece que todo ha ido a parar al abismo sin fondo de la Guardia Nacional; es decir, a los mismos yankees. Esa desgracia nacional absorbe, por sus trescientos o más oficiales norteamericanos con trescientos córdobas de sueldo, un millón y doscientos o trescientos o cuatrocientos mil dólares. ¡Y de dónde los iban a tomar ahora, ya que Managua era la que rendía el sesenta por ciento de las rentas todas? Han hecho uso de los subsidios que las naciones le han enviado al gobierno y a alguna menguada cruz roja que es el mismo gobierno, indudablemente.*

La información dada a *El Diario del Salvador* por el destacado líder nacionalista y cultísimo periodista nicaragüense, don Adolfo Ortega Díaz, coincide en todos sus puntos, con esta carta privada y con lo que se entrevé en la crónica de *Time*. El señor Ortega Díaz voló de San José, donde residía como emigrado nicaragüense, a Managua al día siguiente de la catástrofe. Llevaba la representación del diario josefino *La Tribuna*. Inmediatamente que aterrizó, el Presidente Moncada dió orden de que fuese apresado y re-expulsado de su patria. A Moncada le obedecen los marinos cuando quieren, y cuando no quieren, no. Esta vez no le obedecieron